El tío Paloma también frecuentaba la taberna más que antes. La familia, después de borrascosas escenas, por la noche, en la soledad de la barraca, se había dividido. El tío Toni y la *Borda* marchaban á sus campos todas las mañanas á continuar la batalla con el lago, pretendiendo ahogarlo bajo los capazos de tierra traídos de lejos penosamente. Tonet y su abuelo iban á casa de *Cañamel* á hablar de su próxima empresa.

En realidad, los únicos que hablaban de ésta, eran el tabernero y el tío Paloma. *Cañamel* se ensalzaba á sí mismo, alabando la generosidad con que había aceptado el negocio. Exponía su capital sin conocer el resultado de la pesca y hacía este sacrificio contentándose con la mitad del producto. No era como los prestamistas extranjeros de tierra firme que sólo daban el dinero con la seguridad de buenas hipotecas y un interés crecido. Y todo su odio contra los intrusos, la rivalidad feroz en el oficio de explotar al prójimo, vibraba en sus palabras. ¿Quién era aquella gente que poco á poco se apoderaba del país? Franceses venidos á la tierra valenciana con los zapatos rotos y un traje de pana vieja pegado al cuerpo. Gentes de una provincia de Francia cuyo nombre no recordaba, pero que venían á ser, poco más ó menos, como los gallegos de su país. Ni siquiera era propio el dinero que prestaban. En Francia, los capitales producían escaso interés, y estos gabachos los tomaban en su tierra al dos ó al tres por ciento, para prestar el dinero á los valencianos al quince ó al veinte, realizando un negocio magnífico. Además, compraban caballerías al otro lado de los

Pirineos, las entraban tal vez de contrabando y las vendían á plazos á los labradores, arreglando el negocio de modo que el comprador nunca tenía la bestia por suya. Había pobre á quien costaba un jaco ruin como si fuese el mismo caballo de Santiago. Un robo, tío Paloma; un despojo indigno de cristianos. Y *Cañamel* se encolerizaba hablando de estas cosas con toda la indignación y la secreta envidia del usurero que no osa, por cobardía, emplear los mismos procedimientos de sus rivales.

El barquero aprobaba sus palabras. Por esto quería á los suyos dedicados á la pesca; por esto se enfurecía al ver á su hijo contrayendo deudas y más deudas, en su empeño de ser agricultor. Los labradores pobres eran unos esclavos: rabiaban todo el año trabajando, ¿y para quién era el producto? Toda su cosecha se la llevaban los extranjeros: el francés que les presta el dinero y el inglés que les vende el abono á crédito... ¡Vivir rabiando para mantener á gente de fuera! No: mientras hubiese anguilas en el lago podían las tierras cubrirse tranquilamente de juncos y aneas, con la seguridad de que no sería él quien las roturase.

Mientras hablaban el barquero y *Cañamel*, Tonet y Neleta, sentados tras el mostrador, se miraban tranquilamente. Los parroquianos se habían habituado á verlos horas y horas con los ojos fijos, como si se devorasen; con una expresión en la mirada que no correspondía á sus palabras, muchas veces insignificantes. Las comadres, que llegaban por aceite ó vino, permanecían in-

móviles frente á ellos, con los ojos bajos y la expresión abobada, dejando que colasen las últimas gotas del embudo en la botella, mientras aguzaban el oído para coger alguna palabra de su conversación; pero ellos desafiaban este espionaje y seguían hablando, como si se encontraran en un lugar desierto.

El tío Paloma, alarmado por tales intimidades, habló seriamente á su nieto. ¿Pero, era que había algo entre los dos, como afirmaban la *Samaruca* y otras malas lenguas del pueblo? ¡Ojo, Tonet! ¡A más de que esto sería indigno de la familia, les haría perder el negocio! Pero el nieto, con la firmeza del que dice la verdad, se golpeaba el pecho, protestando, y el abuelo se daba por convencido, aunque con cierto recelo de que las amistades terminasen mal.

El reducido espacio detrás del mostrador era para Tonet un paraíso. Recordaba con Neleta los tiempos de la infancia; la relataba sus aventuras de allá lejos, y cuando callaban sentía una dulce embriaguez (la misma de la noche en que se perdieron en la selva, pero más intensa, más ardiente), con la proximidad de aquel cuerpo cuyo calor parecía acariciarle á través de las ropas.

Por las noches, después de cenar con *Cañamel* y su mujer, Tonet sacaba de su barraca un acordeón, único equipaje que con los sombreros de jipijapa había traído de Cuba, y asombraba á todos los de la taberna con las lánguidas habaneras que hacía ganguear al instrumento. Cantaba guajiras de una poesía dulzona, en las que se hablaba de auras, arpas y corazones tiernos como la guayaba, y el acento meloso de cubano con que entonaba sus canciones, hacía entornar los ojos á Neleta, echando el cuerpo atrás como para desahogar su pecho estremecido por ardorosa opresión.

Al día siguiente de estas serenatas, Neleta, con los ojos húmedos, seguía á Tonet en todas sus evoluciones por la taberna, de grupo en grupo.

El *Cubano* adivinaba esta emoción. ¿Había soñado con él, verdad? Lo mismo le había ocurrido á Tonet en su barraca. Toda la noche viéndola en la obscuridad, extendiendo sus manos, como si realmente fuese á tocarla. Y después de esta mutua confesión quedaban tranquilos; seguros de una posesión moral de la que no se daban exacta cuenta; ciertos de que al fin habían de ser uno del otro fatalmente, por más obstáculos que se levantasen entre los dos.

En el pueblo no había que pensar en otra intimidad que las conversaciones de la taberna. Todo el Palmar los rodeaba durante el día, y *Cañamel*, enfermizo y quejumbroso, no salía de casa. Algunas veces, conmovido por un relámpago pasajero de actividad, el tabernero silbaba á la *Centella*, una perra vieja, de cabeza enorme, famosa en todo el lago por su olfato, y metiéndola en su barquito iba á los carrizales más próximos para tirar á las pollas de agua. Pero á las pocas horas volvía tosiendo, quejándose de la humedad, con las piernas hinchadas como un elefante, según él decía; y no cesaba de gemir en un rincón hasta que Neleta le hacía sorber algunas tazas de líquidos calientes, anudándole en cabeza y cuello varios pañuelos. Los ojos de Neleta iban

hacia el *Cubano* con una expresión reveladora del desprecio que sentía por su marido.

Terminaba el verano y había que pensar seriamente en los preparativos de la pesca. Los dueños de los otros *redolins* arreglaban ante sus casas las grandes redes para cerrar las acequias. El tío Paloma estaba impaciente. Los artefactos que poseía *Cañamel*, restos de su pasada asociación con otros pescadores, no bastaban para la *Sequiota*. Había que comprar mucho hilo, dar trabajo á muchas mujeres de las que tejían red, para explotar cumplidamente el *redoli*.

Una noche cenaron en la taberna Tonet y su abuelo para tratar seriamente del negocio. Había que comprar hilo del mejor; del que se fabrica en la playa del Cabañal para los pescadores del mar. El tío Paloma iría á comprarlo, como conocedor experto, pero lo acompañaría el tabernero, que quería pagar directamente, temiendo ser engañado si entregaba el dinero al viejo. Después, en la beatitud de la digestión, *Cañamel* comenzó á sentirse aterrado por el viaje del día siguiente. Había que levantarse al amanecer, sumiéndose en la húmeda bruma desde el lecho caliente; atravesar el lago, ir por tierra á Valencia, dirigirse después al Cabañal y luego desandar todo el camino. Su corpachón blanducho por la inmovilidad se estremecía ante el viaje. Aquel hombre que había pasado gran parte de su vida rodando por el mundo, tenía echadas tan profundas raíces en el barro del Palmar, que se angustiaba pensando en un día de agitación.

El deseo de quietud le hizo modificar su propósito. Se quedaría al cuidado del establecimiento y Neleta acompañaría al tío Paloma. Nadie como las mujeres para regatear y comprar bien las cosas.

A la mañana siguiente el barquero y la tabernera emprendieron el viaje. Tonet iría á esperarles en el puerto de Catarroja, á la caída de la tarde, para cargar en su barca la provisión de hilo.

Aún estaba muy alto el sol cuando el *Cubano* entró á toda vela por el canal que penetraba en tierra firme, con dirección á dicho pueblo. Los grandes laúdes venían de las eras cargados de arroz, y al pasar por el canal, el agua que desplazaban con sus panzas, formaba tras la popa un oleaje amarillo, que invadía los ribazos y alteraba la tranquilidad cristalina de las acequias afluentes.

A un lado del canal estaban amarradas centenares de barcas; toda la flota de los pescadores de Catarroja, odiados por el tío Paloma. Eran ataúdes negros, de diversos tamaños y madera carcomida. Los barquitos pequeños, llamados zapatos, sacaban fuera del agua sus agudas puntas, y las grandes barcazas, los laúdes, capaces de cargar cien sacos de arroz, hundían en la vegetación acuática sus anchos vientres, formando sobre el horizonte un bosque de mástiles burdos, sin desbastar y de punta roma, adornados con cordajes de esparto.

Entre esta flota y la ribera opuesta sólo quedaba libre un estrecho espacio, por donde pasaban á la vela las embarcaciones, distribuyendo con

su proa golpes estremecedores y violentos encontronazos á las barcas amarradas.

Tonet fondeó su embarcación frente á la taberna del puerto y echó pie á tierra.

Vió enormes montones de paja de arroz, en los que picoteaban las gallinas, dando al amarradero el aspecto de un corral. En la ribera construían barquitos los carpinteros y el eco de sus martillos se perdía en la calma de la tarde. Las embarcaciones nuevas, de madera amarilla recién cepillada, estaban sobre bancos, esperando la mano de alquitrán con que las cubrían los calafates. En la puerta de la taberna cosían dos mujeres. Más allá alzábase una choza de paja, donde estaba el peso de la Comunidad de Catarroja. Una mujer con una balanza formada por dos espuertas, pesaba las anguilas y tencas que desembarcaban los pescadores, y, terminado el peso, arrojaba una anguila en una gran cesta que conservaba á su lado. Era el tributo voluntario de la gente de Catarroja. El producto de esta sisa servía para costear la fiesta de su patrón San Pedro. Algunos carros cargados de arroz se alejaban, chirriando, con dirección á los grandes molinos.

Tonet, no sabiendo qué hacer, fué á meterse en la taberna, cuando oyó que alguien le llamaba. Tras uno de los grandes pajares, asustando á las gallinas, que huían en desbandada, una mano le hacía señas para que se aproximase.

El *Cubano* fué allá y vió tendido, con el pecho al aire y los brazos cruzados tras la cabeza á guisa de almohada, al vagabundo *Sangonera*. Sus ojos estaban húmedos y amarillentos; sobre su cara,

cada vez más pálida y enjuta por el alcohol, aleteaban las moscas, sin que él hiciera el más leve movimiento para espantarlas.

Tonet celebró este encuentro, que podía entretenerle durante su espera. ¿Qué hacía allí?... Nada: pasaba el tiempo hasta que llegase la noche. Esperaba la hora de ir en busca de ciertos amigos de Catarroja que no le dejarían sin cenar: descansaba, y el descanso es la mejor ocupación del hombre.

Había visto á Tonet desde su escondrijo y lo llamó, sin abandonar por esto su magnífica posición. Su cuerpo se había acomodado perfectamente en la paja, y no era caso de perder el molde... Después explicó por qué estaba allí. Había comido en la taberna con unos carreteros; excelentes personas, que le dieron unos mendrugos, pasándole el porrón á cada bocado y riendo sus chuscadas. Pero el tabernero, igual á todos los de su clase, apenas se fueron los parroquianos, le había puesto en la puerta, sabiendo que por propia cuenta, nada podía pedir. Y allí estaba matando al tiempo, que es el enemigo del hombre... ¿Había amistad entre ellos ó no? ¿Era capaz de convidarle á una copa?

El gesto afirmativo de Tonet pudo más que su pereza, y aunque con cierta pena, se decidió á ponerse de pie. Bebieron en la taberna, y después, lentamente, fueron á sentarse en un ribazo del puerto, resguardado por tablas negras.

Tonet no había visto á *Sangonera* en muchos días y el vagabundo le contó sus penas.

Nada tenía que hacer en el Palmar. Neleta la

de *Cañamel*, una orgullosa que olvidaba su origen, le había despedido de la taberna con el pretexto de que ensuciaba los taburetes y los azulejos del zócalo con el barro de sus ropas. En las otras tabernas todo era miseria: no acudía un bebedor capaz de pagar una copa, y él se veía forzado á salir del Palmar, á correr el lago, como en otros tiempos lo hacía su padre; á pasar de pueblo en pueblo, siempre en busca de generosos amigos.

Tonet, que con su pereza, tanto había disgustado á su familia, se atrevió á darle consejos. ¿Por qué no trabajaba?...

Sangonera hizo un gesto de asombro. ¡También él!... ¡También el *Cubano* se permitía repetir los mismos consejos de los viejos del Palmar! ¿Le gustaba á él mucho el trabajo? ¿Por qué no estaba con su padre enterrando los campos en vez de pasarse el día en casa de *Cañamel*, al lado de Neleta, repantigado como un señor y bebiendo de lo más fino?...

El *Cubano* sonreía, no sabiendo qué contestar, y admiraba la lógica del ebrio al repeler sus consejos.

El vagabundo parecía enternecido por la copa que le había pagado Tonet. La calma del puerto, interrumpida á ratos por el martilleo de los calafates y el cloquear de las gallinas, excitaba su locuacidad, impulsándolo á las confidencias.

No, Tonet: él no podía trabajar; él no trabajaría aunque le obligasen. El trabajo era obra del diablo: una desobediencia á Dios; el más grave de los pecados. Sólo las almas corrompidas, los que no podían conformarse con su pobreza, los

que vivían roidos por el deseo de atesorar aunque fuese miseria, pensando á todas horas en el mañana, podían entregarse al trabajo, convirtiéndose de hombres en bestias. El había reflexionado mucho; sabía más de lo que se imaginaba el *Cubano* y no quería perder su alma entregándose al trabajo regular y monótono para tener una casa y una familia y asegurar el pan del día siguiente. Esto equivalía á dudar de la misericordia de Dios, que no abandona nunca á sus criaturas, y él, ante todo, era cristiano.

Reía Tonet escuchando estas palabras, considerándolas como divagaciones de la embriaguez, y daba con el codo á su harapiento compañero. ¡Si esperaba otra copa por sus tonterías, sufriría un desengaño! Lo que le ocurría á él era que odiaba el trabajo. Lo mismo les pasaba á los otros, pero unos más y otros menos, todos encorvaban el lomo, aunque fuese á regañadientes.

Sangonera vagaba su vista por la superficie del canal, teñida de púrpura con la última luz de la tarde. Su pensamiento parecía volar lejos: hablaba lentamente, con cierto misticismo que contrastaba con su hálito aguardentoso.

Tonet era un ignorante como todos los del Palmar. Lo declaraba él con la valentía de la embriaguez, sin miedo á que su amigo, que tenía vivo el genio, lo arrojase de un empellón en el canal. ¿No declaraba que todos torcían la espina á regañadientes? ¿Y qué demostraba ésto sino que el trabajo es algo contrario á la naturaleza y á la dignidad del hombre?... El sabía más de lo que se figuraban en el Palmar: más que muchos de los vicarios á

los que sirvió como un esclavo. Por eso había reñido para siempre con ellos. Poseía la verdad, y no podía vivir con los ciegos de espíritu. Mientras Tonet andaba por aquellas tierras del otro lado del mar, metido en batallas, leía él los libros de los curas y pasaba las tardes á la puerta del presbiterio, reflexionando sobre las abiertas páginas, en el silencio de un pueblo cuyo vecindario huía al lago. Había aprendido de memoria casi todo el Nuevo Testamento, y aún parecía estremecerse, recordando la impresión que le produjo el sermón de la Montaña la primera vez que lo leyó. Creyó que se rompía una nube ante sus ojos. Había comprendido de pronto por qué su voluntad se revelaba ante el trabajo embrutecedor y penoso. Era la carne, era el pecado quien hacía vivir á los hombres abrumados como bestias para la satisfacción de sus apetitos terrenales. El alma protestaba de esta servidumbre, diciendo al hombre: «No trabajes», esparciendo por los músculos la dulce embriaguez de la pereza, como un adelanto de la felicidad que á los buenos aguarda en el cielo.

—*Ascolta, Tonet, ascolta*—decía *Sangonera* á su amigo con acento solemne.

Y recordaba desordenadamente sus lecturas evangélicas; los preceptos que habían quedado impresos en su memoria. No había que preguntarse con angustia por la comida y el vestido, porque, como decía Jesús, las aves del cielo no siembran ni siegan, y á pesar de esto comen; ni los lirios del campo necesitan hilar para vestirse, pues los viste la bondad del Señor. El era criatura de

Dios y á él se confiaba. No quería insultar al Señor trabajando, como si dudase de la bondad divina que había de socorrerle. Solamente los gentiles ó, lo que es lo mismo, las gentes del Palmar, que se guardaban el dinero de la pesca sin convidar á nadie, eran capaces de afanarse por el ahorro, dudando siempre del mañana.

El quería ser como los pájaros del lago, como las flores que crecían en los carrizales, vago, inactivo y sin otro recurso que la divina Providencia. En su miseria, nunca dudaba del mañana. «Le basta al día su propio afán». Ya le traería el día siguiente su disgusto. Por el momento, le bastaba la amargura del día presente; la miseria que le proporcionaba su intento de conservarse puro, sin la menor mancha de trabajo y de terrenal ambición en un mundo donde todos se disputaban á golpes la vida, molestando y sacrificando cada cual al vecino para robarle un poco de bienestar.

Tonet seguía riendo de estas palabras del borracho, dichas con exaltación creciente. Admiraba sus ideas con tono zumbón, proponiéndole abandonar el lago para meterse en un convento, donde no tendría que batallar con la miseria. Pero *Sangonera* protestaba indignado.

Había reñido con el vicario, saliendo del presbiterio para siempre, porque le repugnaba ver en sus antiguos amos un espíritu contrario al de los libros que leían. Eran iguales á los demás; vivían atenaceados por el deseo de la peseta ajena, pensando en la comida y el vestido, quejándose del decaimiento de la piedad cuando no entraba dinero en casa, con la zozobra en el mañana, dudan-